

30. RAIMUNDO EMILIANI ROMAN

(1914 -). Político, parlamentario, catedrático, ensayista, tratadista y diplomático. Obtuvo su grado de derecho en la Universidad Nacional de Colombia en 1938. Juez civil del circuito de Cartagena (1939-43). Representante a la Cámara (1945-47) y senador por el Departamento de Bolívar desde 1962 hasta el momento actual. Ministro plenipotenciario en Uruguay (1951-52) y en Cuba (1953). Embajador en Suiza (1959-61) y ante el Vaticano (1980). Ministro de Trabajo (1957-59). Ministro de Justicia (1964-65). Su pensamiento político-filosófico se destaca principalmente en el libro *Los estragos de la razón*.

Entre la vida y el espíritu hay una relación íntima
(De *Los estragos de la razón*)

Pues entre vida y espíritu hay una íntima relación que se percibe en el hecho de que las convicciones que estructuran a éste se traducen en necesidades prácticas y pragmáticas de aquélla, de tal modo que desvirtuar una convicción del espíritu es enfermar la vida, y prescindir de una de las necesidades fundamentales de ésta es angustiar y torturar el espíritu. Así, convicciones espirituales y necesidades vitales son como refracciones de un mismo rayo de luz, y vida y espíritu tienden a identificarse ante nosotros. (p. 15).

El hombre es uno y sus facultades deben comprenderse como una simbiosis completa

Una corriente espiritualista entiende por racional el hecho de que el alma humana, es decir, su motor vital, es una, libre e inmor-

tal. No es algo que pueda satisfacer las exigencias técnicas de un biólogo, pero no cabe duda de que, al menos, se están proponiendo algunas cualidades que colocarían al hombre en un plano superior de la vida, desproporcionado, si se quiere, con el que pudiera corresponderle dentro de la relatividad de la escala zoológica.

Le atribuimos la mayor importancia a la libertad desde el punto práctico de la vida, y desde luego a la inmortalidad, pero en este sitio lo pertinente es referirse a la unidad, que por cierto puede ser predicada del alma de los brutos. El hombre, pues, es uno, y sus facultades deben comprenderse como una simbiosis íntima. Su racionalidad no es, por lo mismo, un atributo de determinada facultad, sino que todas lo son en igual medida. Ni cabe, en el hecho, hacer distinciones de diferentes o diversas facultades que fraccionarían arbitrariamente lo que no es sino uno. Tan racional es el conocimiento como el sentimiento y la voluntad. Si el conocimiento humano se diferencia de aquel del bruto por esa característica, en igual nivel habrán de diferenciarse los sentimientos y los deseos. Y si por racional quiere darse a entender una cierta aptitud de insertarse con perspicacia o clarividencia en el revuelto torrente de la vida, esa aptitud no puede predicarse unilateralmente de una de sus supuestas facultades, negándola respecto de las otras, pues ello sería contradictorio. (ps. 20-21).

La revaloración de la vida apareja la de la propia conciencia

Se ha llegado a afirmar, siguiendo el dédalo de los extravíos, que la humanidad sólo tuvo plena conciencia de sí con la formulación cartesiana. Antes, podía tener una conciencia directa, amalgamada con el correspondiente estado de alma o fenómeno, sobrellevando una existencia bovina, mansa y apacible. Se necesitaba el relámpago del genial descubrimiento para que despertara de su letargo y adquiriera la conciencia refleja de sí misma, de lo que íntimamente es y de sus potencialidades. Esto es tan hiperbólico que linda en un atentado de lesa humanidad. La conciencia es consustancial a la vida, no se da ésta sin aquélla, siendo correlativas sus calidades. Por lo tanto, lo único que puede aseverarse al respecto es que la humanidad no siempre ha valorado la vida de igual manera, y que se necesitó un proceso para destacarla del mundo circundante, para que

el hombre se diese cuenta de que él es el eje de su propio mundo en vez de mirarse como empotrado en el de la naturaleza. Desde luego, la revaloración de la vida apareja la de la propia conciencia. Pero ésta nunca dejó de aparecer desde la intuición primera de nuestra existencia. Separarlas o tratar de hacerlo es lo que ha conducido a la mistificación cartesiana. (ps. 24-25).

*La razón razonante está conformada
para conocer el mundo material*

Estamos tan habituados a identificar lo racional con la razón razonante y a hacer de ésta la diferencia específica del hombre, que parecerá un exabrupto afirmar que, lejos de lo que se cree, ella no está conformada sino para conocer el mundo material, y de consiguiente no es capaz de dar las razones que fundamentan el mundo vital, es decir, nuestro mundo, el mundo del hombre libre, porque se deja de serlo en la medida que la libertad se apaga. Por eso la calificamos de material: no es sino la medida, o el instrumento de dominio, de lo estático-espacial. Fuera de ese estricto límite carece de aptitud cognoscente, de modo que cuando se extralimita no logra suministrarnos sino un esquema estático de falsedades que no resiste las vibraciones del torbellino humano. Su pretendido conocimiento de la vida no es sino un anfiteatro de disección de cadáveres.

El materialismo de la razón razonante radica en que por su propio modo de conocer todo lo reduce a espacio vacío, estático, superficial. No es una figura retórica la de Ortega cuando dice que el mundo filosófico de las ideas es un mundo de espectros y superficialidades. Todavía esta frase contiene mucho. La última realidad no es sino el espacio homogéneo.

Cuando, pues, concebimos y nos explicamos al mundo bajo las formas razonantes no hacemos sino transitar por las planas superficies del espacio infinito. Su contenido se ha esfumado melancólicamente, como contrapartida, por cierto cara, de la exactitud. El espíritu angustiado que pida más, como la razón de su ser o el sentido de su vida, no recibirá como respuesta sino el eco de su voz agigantada en la concavidad ilímite, y el latir quejumbroso y amargo

de su propia soledad, de su absoluto desamparo. La aventura de la razón lo sacó del mar de la vida para arrastrarlo a las orillas de la muerte. Su mundo es un gran vacío. (ps. 37-39).

*Vivimos el perenne devenir de una fluencia
creadora: el enriquecimiento espiritual*

Pero hay algo más: la vida tampoco puede repetirse dentro de un mismo hombre, porque cada día somos distintos, a cada instante cambiamos, vivimos el perenne devenir de una fluencia creadora. Esto es una consecuencia inevitable de nuestro enriquecimiento espiritual. Porque así como la vida biológica es una unidad que se desenvuelve, la vida espiritual es una simbiosis íntima de valores profundos en permanente lucha para alcanzar sus objetivos. Pero lograr el reposo activo de esa satisfacción permanente es casi un mito. Por eso somos una agonía que se prolonga, una intensidad variable en que el mismo sonido no podrá producirse dos veces. Como las palabras son incapaces de describir este fenómeno de suyo inefable que es la vida espiritual y su cambio incesante, se ha solido apelar a las metáforas, que nos la pintan como agua arremolinada en que las moléculas se desplazan sin retornar a su misma posición o como soluciones coloreadas en que la nueva gota de un instante cambia su matiz. Nuestra metafísica interna es, pues, irreversible y bien podemos repetir melancólicamente con el poeta: ¡cómo poder vivir dos veces las mismas cosas!

Nosotros no tenemos otro duplicado que el de nuestra parte material o materializada abusivamente por la razón. Nos podemos repetir en lo que hemos muerto, es decir, en la medida en que la distensión de la agonía vital se relaja, en la medida en que, dejando de ser vida espiritual, nos convertimos en esclavos de algo, porque en ese momento nos convertimos en materia. Y, desde luego, a través de la razón, que proyecta una identidad superficial e inexistente, como si fuese posible una radiografía estática de los cambios. Así, el conocimiento razonante de nuestra intimidad es imposible y los esfuerzos hechos en tal sentido trabajan sobre el cascote de nuestros desechos materiales. Por lo mismo, en el dominio de la vida espiritual no existe la persuasión razonante. En ese terreno a nadie se convence de nada. No podrá sino recurrirse a la gracia o al amor.

La razón razonante, pues, no nos da, por su naturaleza misma, sino una visión espacial de las cosas, es decir, una visión material. Por eso la razón es material. (ps. 45-47).

La libertad es la determinación libre, pero si se la concibe razonantemente la aniquilamos

Diremos que la libertad es la determinación libre, ese hecho de determinarse libremente. Se nos perdonará que introduzcamos lo definido en la definición, pero este obstáculo, a nuestro juicio insalvable, no se evade por el hecho de emplear otras palabras que, necesariamente, dirán lo mismo, como las de que el acto libre es aquel que se ejecuta fuera de toda constricción. Con lo que no se dice otra cosa que el acto libre es el acto libre, círculo vicioso del que la razón, por moverse sólo en el espacio, no podrá jamás salir. Así, pues, la libertad es la libertad. Pero la razón, a renglón seguido, comenzará a tejer una serie de argucias, distingos y subdistingos para demostrar que la verdadera libertad consiste en obedecer ciegamente a sus dictámenes, borrando con el codo lo que se había escrito con la mano. La libertad así entendida, y esa es la forma de concebirla razonantemente, desaparece, y no será sino el más simple y ciego obedecimiento a los dictados calculadores de la razón. De este modo, al introducir en esa eclosión espontánea que es la libertad, la proyección espacial de la razón, la paralizamos, la aniquilamos y no queda sino un nombre bajo el cual pueden justificarse las más horrendas esclavitudes.

Pues la libertad es un proceso dinámico y estructural, es la lucha del ser por encontrar su individualidad, su "mismidad". Por lo tanto, es vida, ya que el ser alcanzará su plenitud al ser él mismo, identidad ontológica de donde brota la más pura existencia. De aquí su esencial calidad de sincera y responsable, y de que sea el medio propicio para el desarrollo de todos aquellos valores que le dan sentido y fundamento a ésta.

Concreta como es la libertad, no puede, desde luego, ser definida, pues rechaza por naturaleza las constricciones de la razón. Su expansión natural rasga las redes razonantes que pretenden osadas aprisionarlas. Y por eso todo intento al respecto es un conato de

asfixiarla con las ligaduras de los círculos viciosos. Se dirá que es una facultad de determinarse, con lo que se dice que la libertad es la libertad, o, a la inversa, que es un contrasentido porque es una determinación; o que es el hecho de no estar obligado, con lo que repetimos la monserga de que la libertad es la libertad, o, contradictoriamente, la inerte abulia de jamás actuar.

Es que la concreción de los valores, su afirmación existencial, su rebeldía vital, desconocen la jerarquía de la razón para captarlos en su intimidad. Ellos, de por sí, son. Y son, como ínsitos a la existencia, antes que la razón. El repudio tiene base en una primacía ontológica. Y en su naturaleza concreta, opuesta a la abstractiva. Abandonar aquélla para plegarse a ésta, es, sencillamente, destruírse. Por eso cuando el intento se realiza respecto de la libertad, su resultado inmediato es su mistificación, como lo hemos visto, o, yendo hasta las últimas consecuencias lógicas, a su aniquilamiento, sea mediante un raciocinio frontal, como cuando se demuestra, como dos y dos son cuatro, que la libertad no existe, sea mediante un mañoso proceso de difuminaciones que conduce a la nada, como cuando, hábilmente, se destruye la concreción, la realidad de la libertad, con la paradoja de la libertad abstracta.

Habiendo encadenado o destruído la libertad, la razón se ha dedicado a la representación estadística del hombre. Somos números. Ni siquiera enteros, pues muchas veces no somos sino un decimal. Y en otras no tenemos ni el honor del decimal, sino que estamos comprendidos en la vaguedad anónima de un porcentaje abstracto. Lejos de nosotros negarles importancia a las estadísticas, base de la organización razonante de la sociedad. Es decir, que sirven para reflejar su desenvolvimiento material. Pero cuando se las interpreta como representación valorativa del hombre, se está incurriendo en una tremenda falsificación humana, que, por desgracia, corresponde exactamente a la visión razonante de él. En tal sentido, las estadísticas son una de las expresiones científicas mediante las cuales la razón ha mecanizado al hombre. (ps. 67-68, 74, 80-81).

La transmutación de la justicia existe porque se olvida el mandato del "amaos los unos a los otros", que implica distribución adecuada por sus raíces en la caridad o en la generosidad

Encerrados en el círculo de que la justicia es derecho y el derecho justicia, no quedan sino dos caminos: o erradicamos el derecho de la justicia y lo fundamentamos por sí mismo, o caemos en una serie de manifiestas contradicciones que han sido llamadas, donosamente para dorar la píldora, las paradojas de la justicia. Una de las que recordamos es la siguiente: siendo la justicia de carácter general, universal, pues que consiste en atribuírle a cada uno lo suyo, ¿cómo puede influír en los casos concretos que el derecho juzga, de modo que pueda atemperarse la rigidez de su universalidad ante los matices de la concreción y hacer de este modo que el derecho sea realmente justo? En otras palabras: puesto que el derecho es justo, ya que es exigido por la organización social, ¿cómo evitar las injusticias que comportan las normas de seguridad? O de este otro modo: ¿cómo la justicia, de suyo general, puede aclarar el caso concreto a juzgar?

Misterio, pues hay, indudablemente, un salto al vacío que no puede ser llenado. Sin ambages, lo que se está diciendo es que la justicia puede ser injusta. Y por causa y razón de la propia justicia, para lo cual no han de faltar argucias. Pero como el hecho, por más que se trate de disminuírlo u ocultarlo, continúa siendo un destacado promontorio de iniquidad, para velarlo siquiera un tanto, se recurre a nociones heterogéneas e inasibles, como la equidad.

¿Qué es esta inesperada entelequia y cuál es el papel que desempeña? La humanización de la justicia. Porque como la justicia es dura, fría e implacable, como la concibe Shylok exigiendo la piel de su deudor, necesita ser atemperada de modo que no atente contra los más elementales sentimientos humanitarios. La equidad, entonces, es un nombre inventado para disipar la contradicción de que la justicia es injusta conforme a su concepción razonante. Y no responde a nada más que a eso, por más que se la dignifique con ciertas atrayentes comparaciones, como aquella de que, al estilo de la regla lesbia de los griegos, que se acomodaba dócilmente a las sinuosidades del terreno para medir con verdadera exactitud su

extensión, así ella debe tomar en cuenta las circunstancias de cada caso concreto, para amansar las exigencias inflexibles y rígidas de una justicia que a la postre resulta no ser sino crueldad.

Esfuerzos pueden hacerse muchos, pero todos sin ningún resultado, porque lo cierto seguirá siendo que, una vez el profundo valor originario de la justicia transmutado en derecho mediante concepciones espaciales, habremos de tal modo enredado el ovillo que no será posible salir de sus lazos y nudos. En realidad de verdad, la equidad, eso que se llama equidad, esa bondad natural del espíritu para reconocer las cosas como son o como deben ser, es una tácita confesión de la razón de que la verdadera justicia es algo distinto de sus malabarismos espaciales, y que el fuego de su perenne angustia no puede aplacarse sino en el bálsamo concreto del amor. En el mandato de “amaos los unos a los otros” está encerrada toda la justicia del mundo, porque sin amor no hay distribución adecuada, reconocimiento espontáneo, sino rebatiña de codiciosos. Se dice que eso no es justicia sino caridad o generosidad, pero si se observa bien que éstas responden a una necesidad de amor, no dejará de ser judaico negarles su carácter de justas.

Es que la justicia no es nada rígido, ni medido, ni mezquino, sino esencialmente fluente, como todos los grandes valores de la vida, porque esa vida de donde ellos nacen no puede estar sujeta a dimensiones pitagóricas que la esterilizan. A decir verdad, nadie podría precisar qué relación esencial puede haber entre la igualdad matemática y el sentimiento profundo de la justicia, y, sin embargo, la razón no encuentra otro modo de explicarla según su manera de concebir las cosas. Es como decir que un río caudaloso está todo en el agua que cabe en el cuenco de la mano, aunque siendo esto del cuenco un poco romántico y algo indefinido, sería más apropiado decir que cupiera en el cuadrilátero de una cubeta. La igualdad no puede ser de la esencia de la justicia, porque la vida no es igual ni uniforme. La igualdad no es sino una transmutación razonante de la justicia. Por lo mismo, una petición de principio, porque si su idea, en relación con la justicia, tiene algún valor, es porque se la supone justa. Pero es una petición de principio de lo más desagradable que puede darse, porque empequeñece la dignidad del valor que pretende explicar.

Se dirá que esto es aprovecharse de un desliz matemático de Aristóteles para criticar la concepción racional de la justicia, pero que no podría decirse lo mismo de los dos principios fundamentales en que la razón puede sintetizarla, el de "atribuye a cada uno lo suyo" y "no hagas daño a ninguno". Pero lo cierto es que, o estas son oquedades, tan pomposas como se quiera pero siempre vacías, o se las llena, y entonces son derecho. Acaso el matematismo simplista de Aristóteles sea más adecuado y tenga más contenido dentro de la dialéctica razonante.

Por todo esto Astrea no es el símbolo de la justicia, sino el símbolo de la transmutación razonante de la justicia. Tiene los ojos vendados, cuando la justicia, por el contrario, necesita ver bien claro con ojos profundos para disipar las tinieblas de intereses y prejuicios bastardos; porta una balanza, para pesar y medir como quería Aristóteles, cuando la vida, siendo diversificación y cambio, rechaza ese tratamiento de mercadeo; y blande una terrible espada cuando el principio de la justicia está en el amor, sin el cual todo se contamina de codicia. Es que Astrea no es la justicia: es el derecho. El arte y su mito delatan los extravíos del racionalismo. (ps. 92-95).

*A través de la razón razonante
toda moral se hace, de una parte,
mecánica, de otra, utilitaria*

La desvirtuación de toda moral a través de la razón razonante, y de consiguiente su insinceridad y la del hombre, provienen de aquí en adelante de su propio mecanismo de medios a fines, a través de los cuales hay que alcanzar el ideal moral arrebatado a la conciencia. Pues como ese ideal, o, más concretamente, ese fundamento, no brota de la razón, sino que le es exterior, hay que alcanzarlo mediante una serie de procesos razonantes cuya debida adecuación a los fines enfocados permitirá el buen éxito de la operación tan detalladamente planeada. De donde resulta, inevitablemente, que a través de la razón razonante toda moral se hace, de una parte, mecánica, de otra, utilitaria. Y este es el desquiciamiento de la verdadera moral, más aún, de toda moral posible. (ps. 118-119).

*La moral razonante da como fruto
al hombre insincero y oportunista,
astuto e implacable*

Decididamente, la razón es incapaz de fundamentar los valores morales, ni siquiera los falsos, mucho menos los auténticos. Salvo el valor de poder, de dominio, de mando, inserto dentro de su propia naturaleza. Porque su dialéctica de medios a fines, su mecánica interna de lograr determinados resultados, implica la capacidad de hacerlo, de donde brota espontáneamente la objetividad misma del poder. No se trata, pues, de una concepción sobre el poder o el dominio, sino de una concreción vital de la razón, de la única concreción vital de que ella es capaz. La razón cumple así su destino de ser en el hombre la prolongación del instinto de supervivencia de los brutos, que implica el dominio sobre la materia, del medio ambiente, de las demás especies y de los propios congéneres.

Bien sabemos que el poder, generalmente, ha sido atribuído a un apetito de la voluntad. Pero esto es introducirse en las distinciones que han permitido la aberración del predominio razonante en el hombre y el mundo. Todo en el hombre está unido, de tal modo que es uno, indivisible, y así, razón y voluntad no forman compartimentos separados, de modo que a veces eso que llamamos voluntad no es sino la razón actuante, como en el caso del valor poder o dominio. Por eso el prototipo humano de éste no es el del hombre impulsivo que en arranques transitorios trata de imponer su voluntad para un fin noble o bajo, sino, por el contrario, el del hombre frío, calculador, astuto, implacable, que contempla el mundo con la misma objetividad y fijeza de un tablero de ajedrez, a través de cuyos apetecidos cuadros puede manipular las figuras humanas según el mecanismo de sus tendencias, todo dentro de un plan bien concertado, sin jamás alterarse para que un simple contratiempo no cobre proporciones de obstáculo, marchando siempre a pasos prudentes, inaudibles, que no perturben el despreocupado vagar de los inconscientes autómatas, y todo a fin de ser él quien mande sobre todo y todos. El vulgo no se equivoca cuando los designa como hombres de cabeza fría: la intuición popular diagnostica que es la razón la que juega el papel principal, en lo que no se equivoca, porque en los tales la voluntad misma es apenas un paje de sus designios.

En fin, la moral razonante, por deficiencias propias de la razón, nos dará como fruto al hombre insincero. Y de la educación hará una cátedra de oportunismo. Y de la política un sistema de totalitarismo. Todo bajo el pretexto de que la razón debe dominar.

Pero las avanzadas razonantes asaltan todas las fortalezas de la vida, y cuando la victoria no corona inmediatamente sus audacias, recurre a la táctica del sitio, mediante el cerco del descrédito, de la lenta erosión del desprestigio. Así, aun cuando en la realidad de la vida respetamos y enaltecemos al “hombre de corazón”, sobreponiéndolo al astuto “hombre de cabeza”, razonantemente, en cambio, desplegamos una serie de artimañas que derrumben de un solo golpe, o lo aniquilen lentamente, ese competidor intruso de la razón llamado amor, que fascina a los hombres por su sola realidad de concreción esplendente, y al que hay que hacer aparecer como a un embaucador, aunque no manipule otra magia que la de descubrir la autenticidad de la vida. (ps. 126-128, 142-143).

Las verdades razonantes, aunque constituyen una falsificación del hombre, no por eso dejan de existir y de carecer de valor vital o espiritual

Como el hombre, a través de un análisis razonante, ha sido distorsionado, y como en virtud de esta desintegración, la razón monopoliza toda la dirección de la vida, se ha afirmado tradicionalmente que la verdad, y con ella el conocimiento, es un mero producto de la razón. Así, se ha generalizado la famosa definición de que verdad es una adecuación de la mente con su objeto, entendiendo por mente la sola razón, que no sabemos si realmente es el significado que quiso atribuírle su autor.

Esto querría decir, inevitablemente, y así lo ha hecho con toda lógica la escuela racionalista pura a través de todos los tiempos, que el prototipo de la verdad es matemático. Porque es en ella donde encontramos la adecuación perfecta, tanto más perfecta cuanto la llamada realidad es un producto de la propia razón, de modo que insensiblemente nos deslizamos hacia el panlogismo. Así, la respuesta a la vida, es una razón que se desenvuelve por sí sola, ali-

mentándose de sí misma y de sus creaciones. El hombre es devorado por ese Saturno glotón. Y así del todo desembocamos a la nada. Ese es el más quintaesenciado extracto del más puro racionalismo: la nada.

Las verdades razonantes, aunque constituyan una falsificación del hombre, no por eso dejan de existir. Dos y dos son cuatro, tan inevitablemente como A es igual a A. Entonces, podrá preguntarse, ¿por qué son una falsificación? Eso, desde luego, ya está explicado en su origen y desarrollo, pero acaso todo puede aclararse más cuando, en vez de sólo contemplar lo que es, nos preguntamos qué valor representa ello para el ser del hombre. Y, a través de los análisis hasta aquí hechos, podemos responder sin vacilaciones, que la verdad razonante carece de valor vital o espiritual. Su valor es intrínsecamente mecánico, material. Por lo tanto, no es una respuesta, ni puede suministrarla, a los interrogantes fundamentales del hombre sobre qué es la vida, qué sentido tiene, cuál es su significado, o por qué vale la pena de ser alegremente vivida y no simplemente soportada por un inerte instinto de conservación. (ps. 149-150, 156).

*La obsesión de la técnica es la
resultante obligada de un mundo
mecanizado por la razón*

Si la razón dirige al mundo, pero al propio tiempo todo cuanto puede retribuir es el dominio de la materia, dejará sin respuesta el sentido de la vida, pero la colmará de cosas materiales cuyo horri-sono ruido distraiga la angustia de una vida sin objeto. No sólo esto, sino que el objeto de la vida llegará a ser el de producir cosas materiales. Y cada vez en mayor cantidad, más fácilmente, a más bajo precio, de modo que el hombre pueda elevar su nivel de vida.

De repente nos encontramos, tal como el socialismo lo sostiene, con que el hombre es un ente económico, determinado por factores económicos y destinado a la producción y consumo de factores económicos. El impulso materialista de la razón lo proyecta hacia un mundo cuantitativo que debe satisfacerse a sí mismo, incluso como respuesta a los interrogantes espirituales. Los límites de la

vida de repente se han estrechado hasta los bordes estrictos de la materia. Es el punto histórico de identificación de razón y materia. Su encarnación es el *homo economicus*. En él las abstracciones racionales se precipitan para concretarse en lo que en realidad son, proyecciones de materia.

El mundo quedará reducido a un vasto sistema de producción y el hombre a su principal instrumento. Todo sin excepción quedará sometido a las directivas de esta visión sórdida de la humanidad, bajo la tiranía de una razón cruel que cree haber previsto hasta los más nimios detalles. La espontaneidad del hombre deberá doblegarse a la técnica, y su actividad quedará controlada por los planes, pues sólo mediante estas disciplinas altamente racionales, podrá alcanzarse el gran paraíso de la elevación del nivel de vida, que hará la felicidad de todos.

Por eso vivimos en el torbellino, bajo la obsesión de la técnica, hasta el punto de emplear la palabra aun para las actividades del espíritu, que de este modo se nivelan, en el hecho, con las de más elemental categoría, pues hasta los barrenderos deben hacer gala de una técnica especial en el oficio. No oímos hablar sino de técnica, a toda hora, a todo momento, por todas partes, sobre cualquier sujeto o materia. Cabría, pues, demandarse en qué consiste esta magia que descubriendo los secretos más ocultos, tiene el raro privilegio de allanar todos los obstáculos y vencer todas las dificultades de la vida, para que sus puertas se nos abran de par en par sin sufrir en lo futuro el más leve tropiezo.

A ojo de buen cubero la técnica aparece como el procedimiento adecuado para hacer algo, de modo que éste pueda alcanzarse más fácil y correctamente. Se obtendría así, al menos aparentemente, una mayor cantidad y una mejor calidad en cualquier actividad humana sujeta a sus prescripciones. Más concretamente podría decirse que la técnica es la debida adecuación de medios a fines. Esta concatenación, en teoría racional, debe dar un resultado satisfactorio desde todo punto de vista, de la cantidad, de la calidad, del esfuerzo, todo lo cual hace las delicias de la economía, producir más, mejor y a más bajo precio, razón por la cual, en un mundo regido por el signo económico, la técnica es la colaboradora esencial del progreso científico.

Todo esto parece sencillo, obvio, y sin embargo es una de las vejaciones más grandes a que el hombre ha sido sometido. La técnica han sido las horcas caudinas de su dignidad humana, y ello se ha verificado bajo la increíble imposición de un mecanicismo racionalista, pues el orden material de la razón que a cada brizna indica su sitio y función, exige que el hombre se convierta en simple medio de proceso general preestablecido, es decir, en técnica. La obsesión de la técnica no es un azar, es la resultante obligada de un mundo mecanizado por la razón, que, lógicamente, debe también mecanizar al hombre, operación que con la mayor naturalidad llama tecnificación. (ps. 169-171).

Una concepción monolítica de la economía dirigida convierte la técnica en una camisa de fuerza a la espontaneidad del espíritu, y la planeación se convierte en una visión estática y racionalista de la conducta humana

La técnica, pues, es una camisa de fuerza a la espontaneidad del espíritu, una mecanización de sus movimientos, un doloroso recorte de sus horizontes, limitados al hilillo de luz de sus estrechas anteojeras. Es una de las conclusiones lógicas de esa distorsión mediante la cual el hombre perdió su unidad vital para someterse al predominio estéril de una razón sin vida. A este tipo del hombre técnico de nuestra época es al que se refiere el profesor Ropke cuando dice que “es una forma degenerada del *homo sapiens*, creada por todas partes por el proceso de una civilización técnica. Es una raza de abortos del espíritu que se dejan voluntariamente, aun alegremente, utilizar como materia prima por el Estado moderno, colectivista y totalitario. Es también un hombre que ha llegado a ser espiritualmente un apátrida y moralmente un naufrago, cuya fe religiosa y el respeto por los valores culturales hereditarios han sido destruídos y que se busca un sucedáneo en las ideologías político-sociales de nuestro tiempo, defendidas con fanática intolerancia: socialismo, comunismo y nacionalismo a la cabeza”.

Mecanizado el hombre por la técnica, queda fácil fijarle un sitio invariable e inamovible en una concepción dirigida de la economía, tal como cada pieza de un complicado rompecabezas tiene uno de-

terminado sin alternativas posibles. El hombre técnico, es pues, el instrumento de las llamadas planificaciones, que corresponden a una visión estática y racionalista de la conducta humana, pues se basan en que ésta puede ser reglada como un motor y previsible como cada uno de sus movimientos. Vivimos en un mundo en que se habla de la técnica, pero con fines a planes. La simultaneidad con que estos dos términos, tan usados y abusados en todos los órdenes de nuestra vida, aparecen en el lenguaje, desde el más corriente hasta el más “técnico”, indica por sí sola que no se trata de mera coincidencia, sino de estrecha relación entre ambos. Es, sencillamente, que la mecánica de la técnica es condición indispensable al dirigismo del plan.

Si en los planes se deposita la fe diaria de las gentes, especialmente de las clases directivas, es porque se parte de la creencia de que la libertad humana es un mito, pues ella ha sido suficientemente sojuzgada o por la mecanización de la técnica o, a falta de ella, por el organismo social. Vemos así surgir esas formidables planificaciones de la economía, que prevén, en un ininteligible y aterrador juego de cálculos capaces de marear el cerebro más ponderado, desde la más mínima onza de materia prima hasta el número de granos a que cada consumidor, según sus variables necesidades, tiene derecho. Es el frenesí del racionalismo en su soberbia de dirigir a los hombres como lo hace con la materia y como si ambos fuesen hechos de la misma naturaleza, dúctil a sus ordenanzas.

La finalidad de esta planificación racio-materialista es la elevación del nivel de vida del hombre. Sobre lo que es realmente el nivel de vida del hombre, hay, desde luego, más de un concepto, pues bien podría pensarse, a nuestro juicio con razón, que para evaluarlo habría que saber si se siente bien, si es más o menos dichoso, pero dentro de la dialéctica racionalista esto carece de sentido, pues para ella no puede haber felicidad posible sin un mínimo de bienes materiales. Así, pues, tendremos que resignarnos a ese ficticio nivel de vida que consiste en poder disfrutar de una cierta cuantía de bienes, a fin de que todos tengan. El circuito del mundo racio-materialista se cierra, aparentemente, con la felicidad lograda por el hombre en medio de este relativamente alto nivel de vida. (ps. 172-174).

*El gran orgullo del hombre racionalista
es el de ser un cadáver productivo*

Pero, cabe la pregunta: ¿dónde está el hombre? ¿Qué se ha hecho? Estamos hablando de la felicidad de un hombre vacío, inexistente, comparable a la de un prisionero que debe considerarse dichoso porque nada le hace falta en la cárcel. Su personalidad íntima, aquello que lo hace ser, ha sido saqueada en este asalto pirata de la razón demoleadora. Su libertad ha sido encadenada, luego aventada. De ella no queda sino el resignado asentimiento a las órdenes que no pueden ser desconocidas. Su dignidad ha quedado hecha añicos, pues no puede tenerla quien pierde la facultad de determinarse. Su amor ha sido secado en su propia fuente como líquido malsano, pues tal sentimentalismo es morboso para una sociedad en que todos los actos están previstos y evaluados. Su sentido de la justicia deshecho, porque es una inmiscución en materia privativa del Estado, que todo lo tiene equitativamente distribuido. Su creencia, desterrada, porque la seguridad pública lo exige.

Un aterrador vacío humano es el resultado inevitable de la orgía racionalista. Del hombre, del hombre real y concreto no resta sino un cadáver que tiene el privilegio de moverse aún en función de la producción. El gran orgullo del hombre racionalista es el de ser un cadáver productivo. (p. 175).

*Una educación religiosa, de tipo racionalista,
lleva en su seno la semilla de la incredulidad*

Estamos presenciando, sin embargo, un ataque de flanco, cuyo éxito deriva de una cuestión de fondo realmente aterradora, tremenda, como es la de que el prototipo de nuestro ambiente cultural es un incrédulo, un ateo, consciente o inconsciente. Porque su formación es puramente racionalista, o carga el acento en el predominio de la sola razón como reguladora del mundo y de la vida. Y la razón, soberbia y tiránica, no comparte con nadie sus atributos de poder. Dios es una nebulosa que le hace sombra al brillo de sus luces y que debe ser borrada o desterrada de su constelación universal. La única diosa es ella, y el hombre su profeta. Sobre los escombros sagrados del asalto iconoclasta, el hombre razonante se

yergue embriagado de triunfo, esperando la humillante rendición de todos los misterios de la vida. Los dioses han muerto. El hombre los ha sustituido. Pero, rotas sus vinculaciones con la divinidad, paradójicamente el gran triunfador se convierte en dócil instrumento de la razón, y a través de ella, en abyecto esclavo de la materia.

Esta es la dialéctica razonante pura. Puede haber matices engañosos, pero no debemos equivocarnos, pues en ellos siempre anida por lo menos la amargura de un escepticismo corrosivo. De ahí la increíble propagación del indiferentismo religioso, que es el declive obligado hacia el ateísmo recalcitrante, y en todo caso inseparable paje de armas en su fanática lucha contra la divinidad. Es, sencillamente, que nuestra educación religiosa, de tipo racionalista, lleva en su seno la semilla de la incredulidad. Y así presenciamos la paradoja de que ella sea un almacigo de ateísmo o de aliados del ateísmo. (ps. 185-186).

La justicia, estereotipada en fórmulas enredadas y farisaicas, mantiene un orden social injusto y olvida su fundamento último: el amor al prójimo

Habiendo olvidado que el fundamento último de la justicia es el amor al prójimo, que ese amor es la dinámica que la promueve y expande y el que le da calor divino a la frialdad de su distribución, la hemos estereotipado en fórmulas huecas, y detenido el curso de sus aguas en los retorcidos meandros de articulados, y evaporado su contenido en los galimatías de aforismos indescifrables. Es lo que hemos llamado la cábala jurídica, enredadora, formalista y farisaica, esotérica magia en que unos iniciados prestidigitan con la buena fe de la humanidad.

De este modo nuestro aparato jurisdiccional no tiene otra finalidad que la de mantener un determinado orden establecido. Pero ese orden es injusto porque, dentro de su conformación puramente racio-materialista, arroja como producto la pirámide de la explotación, en que una cúspide estrecha y puntiaguda se sostiene sobre la ancha base de una masa en la miseria. Y el ideal de la justicia será inevitablemente el sésamo materialista de elevar el nivel de vida de todo el pueblo.

No nos equivoquemos: dentro de la perspectiva puramente materialista, la justicia padecerá siempre el suplicio de Tántalo. Para liberarla, habrá que demandar la ayuda del espíritu, beber en la fuente pura de su amor. (ps. 189-190).

La cultura occidental, por la acción del racionalismo, tiende a modelarse sobre contenidos materialistas

(. . .) la cultura occidental, bajo la acción corrosiva de un racionalismo implacable, es un simple aparato sin contenido, un esqueleto sin carnes que, inconscientemente en la mayoría de los casos, tiende a modelarse sobre contenidos materialistas. Hemos creado así el tipo de hombre despersonalizado, hundido en el vacío de su existencia sin sentido, perdido en el anonimato de una vida sin arraigo, asfixiado en la monotonía sin referencias (. . .).

Somos, en el mejor de los casos, plumas al viento, sin conciencia de nuestro destino, pasto fácil de las circunstancias y víctimas seguras de todas las evoluciones.

Pues cualesquiera que sean los matices superficiales de diferencia, la identidad de fondo entre el materialismo racional y el materialismo dialéctico acabará por imponerse. Las numerosas coincidencias que se advierten entre los dos no son producto del azar, sino consecuencia obligada de la identidad esencial entre los dos materialismos.

Mientras la cultura occidental ha perdido el encanto de sus valores de justicia, porque no hay belleza en las ecuaciones judaicas en que ella consiste, y aún no cree en su respetabilidad porque no es sino el parapeto de los desniveles sociales, el comunista es un convencido intransigente de la justicia de su ideología. La revolución sólo tuvo por objeto implantar un régimen de justicia social entre los hombres, acabando con la opresión que unos pocos ejercían sobre la inmensa mayoría. Este milagro ha logrado operarse mediante el simple procedimiento de que nadie sea dueño de las fuentes de la producción, sino el Estado, lo que impide los desequilibrios económicos entre las personas y establece una perfecta igualdad entre ellos. Es decir, que se realiza la paradoja de que todos tengan todo porque nadie tiene nada.

(. . .) el Occidente, bajo el influjo de su racionalismo, ha roto sus amarras con la divinidad: la razón es atea o por lo menos escéptica. Muy presto hemos admitido que la religión es el opio del pueblo, y con ello hemos abandonado sin grandeza la suerte misma de nuestra cultura, jugada en el tapete verde de las abstracciones, bajo los dados cargados de raciocinios falaces. Sin la fe la vida carece de sentido, es simple alimento del vasto proceso material, y el hombre una sombra errabunda y atormentada, más que la conciencia de Caín, porque ha incurrido en parricidio, y ya no tenemos quien proteja nuestra cultura bajo la cruzada de ejércitos santos.

La fortaleza de Occidente ha sido entregada por los estragos de la razón. (ps. 191-196).

Bibliografía de Raimundo Emiliani Román

Obras

1951. *Fuentes del conocimiento*. Ensayo de divulgación, Buenos Aires, Imprenta López, 398 ps.
1962. *Los estragos de la razón*, Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 196 ps.
1963. *La aplicación errónea de la reforma agraria*, Bogotá, Editorial Continente, 67 ps.
- s. f. *El camino a la miseria (comunismo o libertad)*, Bogotá, Editorial Colombiana, 32 ps.
1969. *El caso Renault ante el Senado*, Bogotá, s.e., 90 ps.
1971. *El fracaso ruinoso de la reforma agraria*, Bogotá, Editorial Revista Colombiana, 147 ps.
1980. *Conferencias de obligaciones*, Bogotá, Editorial Temis-Librería, 356 ps.